

Un lugar de paso

Siempre ha tenido una la sensación de que la poesía de José Fernández de la Sota constituía, ante todo, un empeño por caminar solo. Es como si, mientras los miembros de su generación se demoraban buscando no se sabe bien qué en la cacharrería de la experiencia, el conocimiento y el silencio, el bilbaino se hubiese ocupado de procurarse el refugio de la sombra y avanzar silbando una canción tranquila y elegante. Perteneciente a una espléndida añada poética, la de 1960, nuestro hombre ha llegado al medio del camino sin quitarse la chaqueta de cuadros ingleses y sin haber tenido que alzar demasiado la voz. Su obra constituye una apuesta por la línea clara, por cierto distanciamiento irónico, por la huida de la trampa y el exhibicionismo y por un infrecuente interés por la mecánica verbal del poema. De la Sota definió hace años la poesía como "un lugar de paso". Hoy que vivimos tiempos propensos al espiritismo poético quizá debiésemos citar también la sensatez entre las virtudes literarias del autor.

Y ahora llegan las buenas no-



Fernández de la Sota publica su último poemario



icias: Fernández de la Sota ha escrito el que es su mejor libro hasta la fecha. Se titula *Material de construcción*, ha obtenido el premio Jaén de poesía y lo encontrarán publicado en Hiperión. Quien se aventure en él descubrirá una colección de poemas en la que conviven la contención y la hondura, la inteligencia, la música y la capacidad de emocionar. Algunos temas: la madurez, la inutilidad de la escritura, cierta omnipresente ciudad del norte, el pasado, los fantasmas de los seres queridos... Una sombra constante: la muerte. Pocos libros se han escrito en los últimos años en los que se aborde ese tema con la desnudez tranquila con la que lo hace éste. Hay algo en *Material de construcción* de serena aceptación de lo fatal. Y, sin embargo, hay también en el

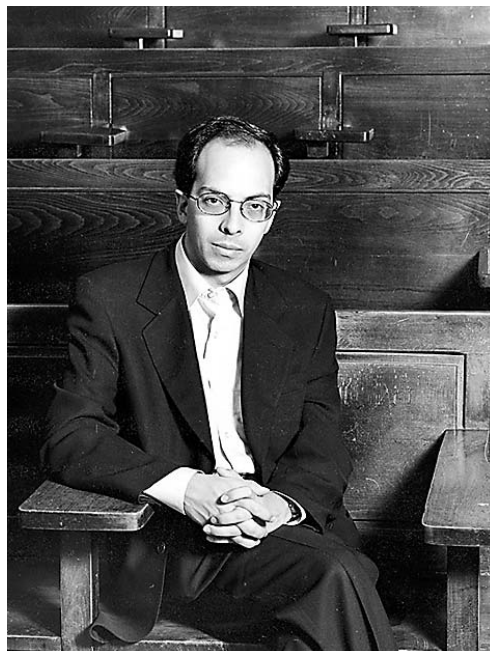
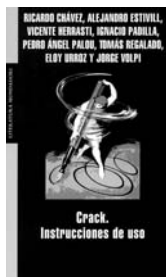
texto una afirmación de la vida, una palabra áspera, pronunciada entre dientes, que participa de la lucidez y el coraje: "Haber vivido / un día entre mil noches, te lo dices, / sería suficiente / así las cosas."

Pese a lo dicho, el libro no supone un gran cambio en la obra del autor. Se trata simplemente de un paso más. Pero de un paso importante. Da la impresión de que el Fernández de la Sota de *Material de construcción* es un poeta (y disculpen los flamenqueros) más largo. Sabíamos que era capaz de acuñar sonetos que son monumentos en miniatura (ahí están los magníficos *Cerillasy Mítica*, carne de antología); que era muy bueno en los terrenos del humor, el juego y la sátira; que aprendió de Blas de Otero —el último campeón local— cómo trazar puñetazos sonoros en el aire ("llueve a manta de Dios", "gritar a tumba viva"), pero quizá no sabíamos que era capaz de escribir poemas como los estremecedores *Pañuelos o Mujer leyendo o Perro perdido*. Se trata de composiciones que cualquier poeta desearía firmar. No están contruidos con los exclusivos materiales de la técnica,

P. M. Z.

Bromear en serio: el 'Crack'

Un sábado borroso de 1989. Gabriel García Márquez acaba de publicar *El general en su laberinto*. Mario Vargas Llosa se presenta a las elecciones presidenciales de Perú. Laura Esquivel triunfa con *Como agua para chocolate*. En una cafetería de México D.F. se reúne un grupo de estudiantes universitarios. Todos comparten un venenoso interés por la literatura y planean escribir una novela al alimón. Se trata de una conjura literaria en toda regla: su novela deberá ser una especie de tabaco suicida, un kamikaze que se estrellará contra el paquidermo del ruralismo latinoamericano y el realismo mágico. La novela se



El escritor Jorge Volpi

El 'Crack' reconoce su admiración por autores como Proust, Borges y Calvino, pero no habla abiertamente de aquellos a quienes detesta

titula *Variaciones sobre un tema de Faulkner*. Los nombres de los conspirados son Alejandro Estivill, Ignacio Padilla, Eloy Urroz y Jorge Volpi.

Los amigos acaban la novela... y la traspapan. Aunque su amistad sobrevive, cada uno continúa su camino. Una década después, Eloy Urroz y Alejandro Estivill han publicado sus primeros libros, Jorge Volpi ha ganado el premio Biblioteca Breve e Ignacio Padilla obtiene el Juan Rulfo. Su hermandad literaria adopta entonces una consistencia insospechada. Sólo les hace falta un nombre y lo encuentran: *Crack*. A partir de entonces, esa onomatopeya que nos hace pensar en algo que se rompe ocupa un lugar en el diccionario de los últimos movimientos literarios: es el antónimo del célebre *Boom* de los ochenta.

¿Qué es el *Crack*? Un juego que debe tomarse en serio. Esa es la respuesta que obtenemos de *Crack. Instrucciones de uso* (Mondadori), el libro en el que los miembros originales del movimiento y los que se unieron después (Ricardo Chávez, Vicente Herrasti y Pedro Ángel Palou) dejan claro que la suya no es una de esas generaciones literarias concebidas como una plataforma desde la que saltar el poder. Se trata de un grupo de amigos que entienden la literatura de un modo similar. El *Crack* son ellos y también los libros que es-



Alejandro Estivill

criben. Escuchemos a Volpi: "A la pregunta ¿qué es el *Crack*? se puede responder de maneras distintas, según el grado de ironía que se desee. Ello se debe a que el *Crack* es, antes que nada, una broma literaria, es decir: una broma en serio".

Hay una única norma: no hay normas. No existe ningún precepto estético que los miembros deban respetar. Resulta imposible que nadie sea expulsado del grupo y cualquiera que lo desee puede ingresar en él. Tampoco hay padrinos ni carteles de "Se busca" con el rostro de escritores consagrados. El *Crack* reconoce su admiración por autores como Proust, Borges y Calvino, pero no habla abiertamente de aquellos a quienes detesta. Reivindican, eso sí, las novelas exigentes en contraposición a las "comer-



Ignacio Padilla

ciales" y "de entretenimiento". Escuchemos a Estivill: "Hasta donde alcanza a ver, al *Crack* le interesa fundamentalmente una cosa y nada más: escribir novelas, de preferencia novelas perdurables, de preferencia muy buenas novelas. Lo que realmente nos importa es, para decirlo con Kundera, el arte de la novela, o mejor: el producto acabado, la obra palpante que espera impaciente su lector ideal, lista para deleitarlo con su dificultad, como quería Lezama".

Bienvenidos al *Crack*. Los artículos, manifiestos y pequeños diccionarios que se incluyen en el libro conforman algo así como el corpus constituyente del movimiento. Como curiosidad también se incluye *Variaciones sobre un tema de Faulkner*, la novela en la que gastaron los sábados de 1989 aquellos estudiantes que, a comienzos del siglo XXI, se convertirían en algunos de los narradores más originales de la literatura escrita en español.

Pablo Martínez Zarracina